

Opinión

PUNTO DE VISTA

Cuando la muerte abre los ojos

Por Jorge Hirschbrand. Esta vez, la tragedia tocó y despertó a un sector que creía vivir aislado. Una crisis que iguala más allá de las diferencias sociales.

14 de Noviembre de 2013 07:25

 0 Me gusta

52 574

 [Compartir](#) [Twittear](#)

Ilustración: Pablo Pavezka.

Por: Jorge Hirschbrand | En Twitter: [@Jorge_Hirsch](#) jorgeh@elsol.com.ar

De pronto, todos en estado de alerta. Un chico muere de sobredosis y gran parte de los mendocinos descubre que la provincia es territorio narco, que la geografía mendocina se ha convertido en centro de acopio, distribución, venta y tráfico de estupefacientes.

La tragedia golpeó en el sector socioeconómico más alto. La víctima vivía en Chacras de Coria, jugaba al rugby y se codeaba con los hijos de empresarios cuyos apellidos pertenecieron alguna vez al abolengo local. Se juntaban entre ellos, comían asados y se drogaban. Así de simple. Tal como ocurre en cualquier barrio marginal; tal vez con un poco más de glamour por esto de ir a comprar LSD a un dealer que atendía en la entrada del centro comercial de Palmares.

La reacción es normal. Existe un estrato que no está acostumbrado a lidiar con estos hechos. Los ve por la tele, los lee en el diario, casi como exclusividad de grupos sociales bien segmentados. Hasta que te toca. Y cuando eso sucede, abris los ojos y pensás que, en cualquier momento, te puede pasar a vos.

El concepto está vinculado directamente a la percepción de inseguridad. Es una idea que aparece no necesariamente cuando una persona es víctima de un delito, sino cuando, por una cuestión de cercanía, lo siente como propio.

El ejemplo tiene su correlato perfecto en los datos que surgen en el trabajo Cultura política de la democracia en Argentina en las Américas, 2012, realizado por la Universidad Torcuato Di Tella y cuyos datos forman parte de un gran estudio sociológico y estadístico conocido como Barómetro de las Américas.

Se cree que, aproximadamente, 21 por ciento de los argentinos ha sido víctima de un delito. De ese total, 40 por ciento lo sufrió en su casa; 30,5, en su barrio; 17,4, en su municipio, y sólo 11,6

fuera de la comuna en que vive.

Los informes son claros para entender cómo se genera posteriormente la percepción. Es una suerte de "boca en boca" que provoca que una persona, aun sin ser haber sido víctima directamente, se sienta insegura.

El toque de color y de preocupación lo da el hecho de que, salvo el área metropolitana (Ciudad de Buenos Aires y conurbano) y la Patagonia, Cuyo es la región de país con más altos índices de victimización y de sensación de inseguridad.

Algo parecido se da con la noción de corrupción. De acuerdo con la encuesta, 19,2 por ciento de la población la ha padecido en persona. Básicamente, se toman casos de sobornos o pedidos de coimas, como delitos por antonomasia.

Para la opinión pública, la corrupción es generalizada y se da en todos los ámbitos.

En ambos casos, estar cerca de un caso de delincuencia o de corrupción (más allá de ser delitos por igual, se hace esa separación) genera que se potencie la sensación de impunidad y atenta contra el nivel de credibilidad de las instituciones.

Cuando la percepción de inseguridad y de corrupción crece, se cuestiona el sistema de gobierno. Está demostrado que comienzan a evidenciarse críticas fuertes a las instituciones y hasta aparece la figura de "golpe" como atributo positivo, ya sea militar, económico o empresarial. Y sí, eso ocurre en la Argentina actual.

Otra vez más, Cuyo aparece como uno de los centros geográficos con una sensación de inseguridad por encima de la media nacional.

El desafío es mantener la calma y evitar las reacciones espasmódicas. La búsqueda de justicia no puede confundirse con la sed de venganza. No son sólo construcciones semánticas antagónicas; tienen su asidero en la realidad: en nuestro país, sólo 60 por ciento de la población cree en el Estado de derecho. En otras palabras, el resto está dispuesto a actuar por fuera de la ley para combatir a la delincuencia. Y en ese camino se deja de lado el respeto por los derechos humanos, figura a la que se apela de manera despectiva.

Gran parte del problema radica en los niveles de corrupción. La referencia que los argentinos tienen de sí mismos es alarmante. En una escala de puntuación de 1 a 100, donde 100 es extremadamente corrupto, los números arrojan un 79,5 para estas pampas.

A partir de allí, la desconfianza es total. Se apoyan algunas políticas y se las cuestiona al mismo tiempo con un nivel de desaprensión social que sorprende. Se trata de un país un tanto ciclótico en lo social, porque si se sigue la misma vara de medición, existe un índice muy alto de aprobación a las políticas de asistencia social que aplica el Gobierno nacional, como la Asignación Universal por Hijo.

Al menos, 14 por ciento de los argentinos ha recibido ayuda social o conoce a alguien que fue beneficiado con un plan. Aun así, "nuestro país encabeza el ranking de sociedades más discriminadoras hacia los receptores de planes de asistencia social implementados por el Gobierno", se lee en el mismo trabajo. Se llegó a esa conclusión luego de hacer una pregunta simple: "Algunas personas dicen que la gente que recibe ayuda de los programas sociales del Gobierno es vaga. ¿Hasta qué punto usted está de acuerdo o en desacuerdo?". De 1 a 100, el puntaje final fue de 63,7 de aprobación, el más alto del continente.

Ya sea por falta de empatía, de solidaridad o de interés, existe un

divorcio social importante entre los que más tienen y quienes no superan la línea de pobreza. A tal punto, que 20,6 por ciento cree que ser pobre está ligado únicamente con las características culturales.

Entonces, se dan casos en los cuales las estadísticas quedan reducidas a la nada; donde las diferencias sociales, económicas y culturales se minimizan, y en los que, con diferentes contextos, se dan las mismas experiencias nefastas. Es cuando desaparecen los índices de ingresos, de acceso a la salud, a la educación y a la seguridad. Ahí aparece el fenómeno narco para decir presente y despertar a los que aún estaban dormidos; para asesinar a un chico de la villa por consumo de paco o para venderle ácido lisérgico a un chico de Chacras que morirá por sobredosis.